
"In memoriam" EN LA ACERA DE ENFRENTÉ Dr. Juan Di Prisco †

Dr. Jaime Piquero Martín

Corría 1972, tenía un año de graduado y deseaba abrazar la especialidad que trazaría mi rumbo como médico.

A través de un amigo concerté una entrevista con los Drs. Carlos Julio Alarcón y Juan Di Prisco; venía de la provincia, la majestuosidad del Hospital Universitario de Caracas me tenía inhibido, me llené de valor y acudí al piso ocho, Dermatología. Ahí entablé por primera vez una conversación con el Dr. Di Prisco, me impresionó la claridad de sus ideas, me reprimí ante el rostro adusto. Con los años me he dado cuenta de las poses ante determinadas situaciones de la vida.

No fui aceptado, un año más tarde tuve la fortuna de haber sido escogido para cursar el postgrado en el Instituto Nacional de Dermatología. A partir de mi incorporación al mundo de la dermatología Venezolana, y bajo la influencia de la Escuela de Medicina José María Vargas, sólo tuve referencia de él por terceras personas, unas buenas y otras malas.

Desde la Universidad he aprendido a no hacer juicios de personas en base a las opiniones o conversaciones de otras personas; la malicia, la envidia, o las simples sentencias erradas están a la orden del día.

Yo asistía con vehemencia a las reuniones mensuales sólo para observar los debates que llevaban a cabo los "maestros", no eran ningunos juegos florales, pero iban impregnados de un amplísimo conocimiento de la especialidad.

El Dr. Di Prisco mantenía una actitud protagónica en todas estas reuniones, se levantaba para discernir ante cual-

quier propuesta que consideraba equivocada; dueño de una sólida posición intelectual en oportunidades reaccionaba como un arpa eólica a todos los vientos que soplaran, sin perder su verdad.

Cuando alguno refutaba empecinadamente cualquiera de sus planteamientos sin disponer de propuestas alternativas, le respondía:

- Eso es lo más que puedo ofrecerle.

Indudablemente que la sentencia caía en el interlocutor en forma contundente, cortando toda réplica.

Con los años, nuestras posturas en escuelas diferentes no disminuyeron un ápice mi admiración.

Lo encontraba en todas las muestras culturales de la ciudad.

Un día asistía su consultorio para solicitar una revista que me habían comentado que él recibía, me quedé asombrado de la magnitud de su biblioteca.

Siempre lo vi como un caballero, un típico hijo de su época, vibrando ante el barullo social y político que sacudió los cimientos de la vida venezolana, pero apegado sensatamente a su condición de médico.

Su obra intelectual y gremial perdurará en hechos como su razón existencial.

Que en paz descanse.